



EL AUTOR DE *1177 A.C.*
ERIC H. CLINE

DESPUÉS DE
1177 A.C.

LA SUPERVIVENCIA DE
LAS CIVILIZACIONES

CRÍTICA

Eric H. Cline

Después de 1177 a. C.

La supervivencia de las civilizaciones



Traducción castellana de
Silvia Furió

CRÍTICA
BARCELONA

Primera edición: febrero de 2025

Después de 1177 a. C.

La supervivencia de las civilizaciones

Eric H. Cline

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Título original: *After 1177 B.C.: The Survival of Civilizations*

© Princeton University Press, 2024

© de la traducción, Silvia Furió, 2025

Iconografía: DAU, Grupo Planeta

© Editorial Planeta, S. A., 2025

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

editorial@ed-critica.es

www.ed-critica.es

ISBN: 978-84-9199-717-7

Depósito legal: B. 420-2025

Impresión y encuadernación: Unigraf

Printed in Spain - Impreso en España



Índice

Ilustraciones.....	11
Cuadros.....	13
Mapas.....	15
Preámbulo del editor.....	17
Prefacio. «Es el fin del mundo tal y como lo conocemos» (... y no me siento bien).....	19
Prólogo. Bienvenidos a la Edad del Hierro.....	39
1. El año de las hienas, cuando los hombres morían de hambre.....	47
2. Conquistador de todas las tierras, vengador de Asiria..	87
3. El Mediterráneo convertido en un lago fenicio.....	131
4. Rey de la tierra de Karkemish.....	167
5. A la sombra de los palacios en ruinas.....	193
6. Del colapso a la resiliencia.....	221
Epílogo. Fin de una «Edad oscura».....	267
Comentario del autor y agradecimientos.....	273
Notas.....	281
<i>Dramatis personae</i>	343
Bibliografía.....	349
Índice analítico.....	431

El año de las hienas, cuando los hombres morían de hambre

(Egipto, Israel y Levante meridional)

Un fulminante puñal clavado en la garganta por un asesino acabó con el reinado de treinta y dos años del faraón Ramsés III de Egipto en 1155 a. C. Dos décadas antes, Ramsés había obtenido una inmensa victoria sobre los Pueblos del Mar, pero ahora caía víctima de una sórdida conspiración del harén puesta en marcha por una de sus esposas, llamada Tiy, y un hijo de rango inferior de nombre Pentauret.

El asesinato, conocido como la Conspiración del Harén, acaparó por primera vez la atención de los egiptólogos modernos hace unos 150 años.¹ Los detalles figuran en seis papiros aproximadamente, algunos o todos ellos puede que formaran parte de un único rollo que fue cortado en secciones por un emprendedor ladrón de antigüedades antes de venderlo a diferentes personas y en diferentes lugares. El más largo de estos documentos es el que se conoce como Papiro Judicial de Turín, custodiado (no es de extrañar dado su nombre moderno) en el Museo Egizio de Turín, Italia. En un inicio fue adquirido por Bernardino Drovetti, el cónsul general francés en Egipto a comienzos de 1800, quien a continuación lo vendió al rey de Cerdeña y, finalmente, acabó residiendo en el Museo Egizio.²

El papiro contiene muchos detalles de los cuatro juicios de los agresores acusados. Al parecer, la conspiración fue urdida por Tiy, que anhelaba que su hijo habido con Ramsés III, el príncipe

Pentauret, accediese al trono. Hubo hasta cuarenta conspiradores acusados, tanto miembros del harén como funcionarios de la corte, que fueron juzgados en cuatro grupos. Varios de ellos fueron declarados culpables y se les impuso la pena de muerte; algunos fueron obligados a suicidarse en el propio tribunal. Pentauret estaba entre los sentenciados a muerte, y se supone que lo mismo ocurrió con su madre, aunque no se ha conservado registro alguno de su juicio.

Aunque se sabía que Ramsés III había muerto antes de que se pronunciasen los veredictos de este juicio, los documentos no dejan claro si el complot tuvo éxito y los egiptólogos dejaron abierta la cuestión. Al parecer, así fue, aunque esto solo salió a la luz en 2012, cuando se llevaron a cabo TACS del cuerpo de Ramsés III, que había sido hallado más de un siglo atrás, en 1881, en un escondrijo de momias en Deir el-Bahari, cerca del templo funerario de Hatshepsut. Para mantenerlo a salvo, había sido trasladado allí por los sacerdotes a principios de la dinastía XXII, es decir, a finales del siglo x a. C., a raíz de una serie de robos en las tumbas reales que se remontaban a más de un siglo.

Como informó el *British Medical Journal*, quedaba patente que la garganta de Ramsés III había sido seccionada. El afilado cuchillo que causó la herida había penetrado en el cuello justo por debajo de la laringe hasta la vértebra cervical cortando la tráquea y cercenando todo el tejido blando de la zona. La muerte, muy probablemente, fue instantánea, o casi. Posteriormente, durante el proceso de embalsamamiento, se colocó un amuleto protector de ojo de Horus sobre la herida, bien como protección o como sanación, aunque era demasiado tarde para ayudar al rey en su vida corporal. Además, para ocultar la herida del puñal se dispuso un grueso collar de lino en torno al cuello. Durante el análisis tomográfico los científicos pudieron ver a través de la gruesa tela e identificar la herida que acabó con la vida del rey.³

Un segundo cuerpo, de un varón de edad comprendida entre los dieciocho y veinte años y al que se conoce solo como «Hombre desconocido E», fue hallado con Ramsés III en el escondrijo

real de Deir el-Bahari. Se ha sugerido que el cuerpo, envuelto en una piel de cabra ritualmente impura e indebidamente momificado, podría ser el del príncipe culpable, Pentauret. Los análisis de ADN indican que podría ser el hijo de Ramsés III, pero esta conclusión no es en absoluto universalmente aceptada en el seno de la egiptología. Las pruebas forenses, incluidas las contorsiones faciales y las heridas en la garganta, sugieren que probablemente fue estrangulado.⁴

El asesinato marcó la pauta de los siglos venideros en Egipto, porque el período posterior a la victoria sobre los Pueblos del Mar no fue agradable. Por ejemplo, hoy sabemos que la megasequía, que puede rastrearse mediante un indicador climático desde Italia hasta Irán (en términos modernos) y que en mi opinión fue uno de los principales factores de tensión que condujeron al colapso de la Edad del Bronce, finalmente alcanzó Egipto en torno a esta misma época. Esto sucedió porque el caudal del Nilo quedó reducido cuando disminuyeron las precipitaciones en la meseta etíope, una situación que duró aproximadamente doscientos años. Esta circunstancia condujo, a su vez, a una crisis alimentaria y por consiguiente a una hambruna en Egipto, además de los problemas económicos inherentes, entre ellos el impago de salarios, que culminó en una huelga y manifestación por parte de los obreros de Deir el-Medina en el vigesimonoveno año del reinado de Ramsés III, posiblemente uno de los primeros conflictos laborales documentados de la historia.⁵

Con la muerte de Ramsés III, también esta era tocó a su fin en la historia de Egipto, pese a que sus hijos y nietos continuaron la dinastía durante otras cuatro décadas. Aunque la cultura y la sociedad egipcias no se desmoronaron por completo y los egipcios no desaparecieron de la faz de la tierra, tampoco su transformación al orden del nuevo mundo fue especialmente exitosa tras el colapso de la Edad del Bronce. Sobrevivieron, pero con una capacidad muy mermada; ya no figuraban entre las «grandes potencias» de su tiempo, como sí lo habían hecho durante el esplendor de las dinastías XVIII y XIX.

Durante los dos siglos siguientes, los egipcios renquearon con un gobierno plagado de intrigas, por no mencionar los problemas de sucesión y las rivalidades que, en ocasiones, redundaron en dos, tres y hasta cuatro gobernantes en diferentes partes de Egipto al mismo tiempo. Ocasionalmente, emergería algún líder fuerte, como Sheshonq I, un gobernante libio que fundó la dinastía XXII, pero eso no ocurriría hasta *c.* 945 a. C., más de doscientos años después de la muerte de Ramsés III, y no duraría.

Los ocho faraones que sucedieron a Ramsés III llevaban, todos ellos, el nombre de Ramsés (IV a XI), y sus reinados fueron testigos de un constante deterioro de la situación en Egipto. Los dos primeros reyes, Ramsés IV y V, ocuparon el trono solo durante diez años entre los dos e hicieron muy poco que merezca ser mencionado.⁶ Hay también elementos de intriga en torno a la muerte de este último, porque fue víctima de otra calamidad que podría asociarse al colapso de la Edad del Bronce: la enfermedad. Su momia presenta pústulas todavía visibles en el rostro, que hacen suponer que pudo haber muerto de viruela *c.* 1140 a. C., hecho que quedaría corroborado por textos que mencionan la excavación de nuevas tumbas para él y otros miembros de su familia. A los obreros que realizaron el trabajo se les concedió, al término del mismo, un mes de permiso «a expensas del faraón» (es decir, con la paga completa), y a continuación el Valle de los Reyes quedó cerrado para los visitantes durante seis meses, quizá a guisa de cuarentena.⁷

Durante el gobierno de Ramsés V, Egipto siguió controlando las minas de cobre de Timna, en la península del Sinaí, pero es el último faraón cuyo nombre figura en aquella región. Asimismo, su sucesor, Ramsés VI, es el último faraón cuyo nombre aparece en las minas de turquesa de Serabit el-Jadim, también situadas en el Sinaí. La interpretación habitual de esta particularidad es que los egipcios habían perdido el control y/o se habían retirado

del Levante meridional casi por completo en torno al año 1140 a. C. más o menos.⁸ Cabe destacar la base de una estatuilla de bronce hallada en Megido por la expedición de Chicago en la década de 1930 inscrita con el cartucho de Ramsés VI y citada con frecuencia como prueba de que el Megido cananeo no fue vencido hasta esta época, pero, al encontrarse en un contexto controvertido, no puede ser utilizado para apuntalar ninguno de estos argumentos.⁹

A la muerte de Ramsés VI en 1133 a. C., los obreros que construían su tumba en el Valle de los Reyes accidentalmente sepultaron la tumba de Tutankamón, que estaba justo al lado, dejándola con ello para que Howard Carter y Lord Carnarvon la descubriesen en 1922. Su hijo accedió al trono como Ramsés VII. Poco sabemos de su reinado, pero textos de los diez años (o menos) que gobernó indican que el precio del grano se disparó y que la economía era precaria.¹⁰

Del mismo modo, tras un breve reinado de tan solo un año, Ramsés VIII, que, al ser hijo de Ramsés III, era probablemente anciano cuando se convirtió en faraón, tuvo que lidiar con los mismos problemas que continuaron bajo el siguiente gobernante, Ramsés IX (c. 1126-1108 a. C.). Este ocupó el trono durante dieciocho años, un período en que los problemas aumentaron en Egipto, concretamente en forma de robos de tumbas, hambruna y disturbios provocados por «extranjeros» cerca de la aldea de los obreros en Deir el-Medina. Es posible que fuera en esta época cuando Egipto perdió por primera vez el control sobre la Alta Nubia y las minas de oro situadas en dicho lugar. También es posible que el gobierno de Egipto se dividiera durante su reinado, presagiando un hecho que ocurriría con frecuencia en los siglos venideros.¹¹

Entre los documentos legales de este período destacan los papiros de robos de tumbas, como se les ha llamado. Se trata de una docena o más de textos que abarcan los reinados de Ramsés IX hasta el XI y que incluyen los denominados Papiro Abbott y Papiro Leopold-Amherst, del año decimosexto de Ramsés IX. En

ellos encontramos detalladas descripciones de robos de tumbas en la necrópolis real, así como en otros cementerios privados. Al parecer, gran parte de los saqueos tuvieron lugar en el año decimosexto. Algunos de los ladrones fueron atrapados, y durante los posteriores interrogatorios y juicios se arrancaron las confesiones. Todos los saqueadores fueron sentenciados a muerte, muy probablemente por empalamiento, puesto que esta era la condena habitual por el robo de una tumba real.¹²

No obstante, los saqueos habían empezado antes, porque sabemos que en algún momento anterior al año noveno del reinado de Ramsés IX los ladrones penetraron en la tumba de Ramsés VI. También en esta ocasión los asaltantes fueron atrapados. En un papiro fragmentario de Liverpool, Inglaterra, conocido como P. Mayer B, uno de los arrestados confesó con precisión: «Necesité cuatro días para acceder a ella [la tumba real], y eso que éramos cinco. Abrimos la tumba y entramos. Encontramos un cesto sobre 60 cajas». A continuación, explicó que habían encontrado calderos de bronce, jofainas de bronce y otros muchos objetos también de bronce. Abrieron asimismo dos baúles repletos de tejidos, que se describen al detalle.¹³ El hecho de que se mencionen objetos de bronce, más que de oro, es sumamente interesante y puede ser un reflejo del declive de la prosperidad desde tiempos de Tutankamón.

Desgraciadamente, en este punto se interrumpe el texto, de modo que no sabemos qué más encontraron o se llevaron, cómo se descubrió el robo o qué castigo les fue impuesto, aunque muy probablemente fue la pena de muerte. No obstante, sí sabemos que, cuando se encontró la momia de Ramsés VI en 1898, en el interior de la tumba de Amenhotep II adonde había sido trasladada después para ponerla a salvo, se puso de manifiesto que había sido «atacada con brutalidad por los ladrones de la tumba, puesto que la cabeza y el torso habían sido despedazados con un hacha». Como bien observa el arqueólogo británico Peter Clayton:

Los compasivos sacerdotes habían envuelto de nuevo las partes sobre una tabla tratando de darle forma humana. Cuando Elliot Smith

examinó la momia en 1905, encontró pedazos de por lo menos otros dos cuerpos en la envoltura: la mano derecha de una mujer y la mano derecha y antebrazo mutilados de otro hombre. Donde debería haber estado el cuello del rey estaban el hueso izquierdo de su cadera y parte de la pelvis.¹⁴

Algunos de los problemas de la época de Ramsés IX se prolongaron durante el reinado de su sucesor Ramsés X, que gobernó brevemente a finales del tumultuoso siglo XII a. C. Según los escasos registros de su reinado, el principal problema fue la continuada falta de alimentos y la consiguiente reducción de la actividad laboral (presumiblemente a causa del hambre), así como la presencia adicional de extranjeros no identificados dentro y alrededor de Deir el-Medina.¹⁵ Su sucesor sería el último Ramsés —Ramsés XI—, cuyo gobierno marcaría a la vez el inicio del nuevo siglo y el fin de la dinastía XX.

Entre otros problemas, el siglo XII a. C. en Egipto estuvo marcado por la escasez de alimentos y las luchas políticas intestinas. ¿Hasta qué punto tenían los egipcios capacidad de resistir en aquel momento? Pudieron arreglárselas y continuar existiendo, pero no fueron capaces de llevar a cabo una transición correcta, no consiguieron adaptarse ni transformarse. En consecuencia, no solo vemos problemas sociales, sino también un rápido declive del papel que había desempeñado Egipto como potencia internacional.

¿DÓNDE ESTÁ MI MOMIA? EGIPTO DURANTE LA DINASTÍA XXI

Ramsés XI gobernó Egipto durante casi treinta años a comienzos del siglo XI a. C., desde c. 1098 hasta 1070 a. C. Fue con mucho la permanencia más larga en el poder de cualquier faraón de la dinastía XX. Sus primeros diecinueve años fueron relativamente pacíficos, aunque continuaron produciéndose saqueos de tumbas y persistió la hambruna. En un papiro se menciona a una mujer

que estaba en posesión de oro saqueado de una tumba y que aseguraba que lo había recibido a cambio de la venta de comida durante «el año de las hienas, cuando los hombres morían de hambre». Lo peor todavía estaba por llegar, porque la segunda parte de su reinado estuvo marcada por la fragmentación y la guerra civil en el interior de Egipto, que terminó con gobernantes rivales.¹⁶

Egipto había logrado conservar gran parte de su estructura administrativa hasta este momento, pero el sistema empezó a descomponerse cuando los sacerdotes de Amón en Tebas comenzaron a competir con los reyes para gobernar el país. Un alto sacerdote de Amón llamado Herihor, mencionado en el *Viaje de Unamón*, que analizaremos en el capítulo 3, reclamó el control de Nubia y del Alto Egipto y asumió el título de virrey de Kush y de visir del faraón. En el año decimonoveno del reinado de Ramsés XI, Herihor gobernaba el Alto Egipto y Nubia hasta Tebas. Este año se denominó Año 1 del «Renacimiento» (del egipcio *wehem meswt* que significa «la repetición de nacimientos»), aunque no era ningún renacimiento tal como hoy lo entendemos.¹⁷

Al mismo tiempo, un administrador llamado Smendes tomó el control del norte, es decir, del Bajo Egipto, concretamente en la región de Piramsés en el delta del Nilo. También él es mencionado en el *Viaje de Unamón*, junto con su esposa Tanetamón, que posiblemente fuera una hija de Ramsés XI. El propio Ramsés siguió siendo faraón, pero reducido a un simple figurante. Así, el gobierno de Egipto quedó, en aquellos momentos, dividido entre tres hombres, Ramsés XI, Herihor y Smendes, y aunque este último debía lealtad al primero, en realidad actuaba independientemente.¹⁸ La fragmentación de Egipto no ayudó al país a responder a las crisis de la época. Los saqueos de tumbas se convirtieron en un problema de tal envergadura que Herihor y los demás sacerdotes sacaron algunos cuerpos reales de sus tumbas originales del Valle de los Reyes. La momia de Ramsés II, por ejemplo, fue temporalmente trasladada a la tumba de Seti I en el año decimoquinto de Smendes. Posteriormente, ambas fueron depositadas en un escondrijo en Deir el-Bahari, a finales del siglo x.¹⁹

Inmediatamente después de la muerte de Ramsés XI en 1070 a. C., Smendes se convirtió en faraón, fundando así una nueva dinastía real, la dinastía XXI, y gobernó durante los siguientes veinticinco años. Esto marca el inicio del Tercer Período Intermedio, que fue, en su conjunto, una época de confusión puntuada por períodos de desorden y unos pocos de relativa prosperidad. Él y sus sucesores inmediatos gobernaron desde la nueva capital de Tanis en la región del delta del Nilo a lo largo del siguiente siglo y más, hasta aproximadamente el año 945 a. C.²⁰

Por su parte, Herihor continuó gobernando el Alto Egipto desde Tebas, lo que significaba que el país estaba ahora dividido en dos. Al parecer, la situación se prolongó hasta la época de su sucesor, Pinedjem I, que fue elevado desde el rango de gran sacerdote al de rey tras la muerte de Herihor. Es muy probable que su matrimonio con Henuttauy, posiblemente una nieta de Ramsés XI, vinculara a las dos nuevas familias gobernantes con la anterior dinastía, iniciando así una reunificación del Alto y Bajo Egipto.²¹

La tarea de salvaguardar los enterramientos del Valle de los Reyes prosiguió mediante el traslado de diez momias reales a una cámara lateral en el interior de la tumba de Amenhotep II. Entre ellas estaban los cuerpos de Tutmosis IV, Amenhotep III, Merneptah, Siptah, Seti II y Ramsés IV, V y VI. En 1898, el egiptólogo francés Victor Loret, que acababa de ser nombrado director del Servicio de Antigüedades, descubrió la tumba y todas las momias que contenía, incluida la de Ramsés VI, mencionada más arriba. A pesar de que excavó la tumba con sumo cuidado y de que llevaba un diario, solamente publicó un informe preliminar de sus hallazgos. Irónicamente, mucho tiempo después de la muerte de Pinedjem, su propia momia sería también trasladada a un escondrijo de Deir el-Bahari para su salvaguarda.²²

A su muerte, en torno a 1048 a. C., Smendes fue enterrado probablemente en Tanis, el primero de una serie de enterramientos de

la dinastía XXI. Unos cinco años después, tras el breve gobierno de otro soberano, un hijo de Pinedjem I llamado Psusenes I accedió al trono y gobernó durante casi cincuenta años (c. 1039-991 a. C.). Con su acceso, el Alto y Bajo Egipto quedaron reunificados de nuevo. Su reinado marca también el primer ejemplo de implicación de Egipto con el Levante tras casi un siglo.²³

Los testimonios provienen en parte de las vasijas de oro y plata y de otros objetos, entre ellos *ushebtis* (pequeñas estatuillas en forma humana que se colocaban en las tumbas para acompañar a los difuntos en el más allá), hallados en la tumba de Psusenes en Tanis. El egiptólogo francés Pierre Montet descubrió la tumba en 1939-1940, justo al inicio de la segunda guerra mundial. Lo que encontró en la tumba fue sorprendente e inesperado, el enterramiento ha sido descrito como uno de los más ricos jamás hallados del Antiguo Egipto, solo superado por el del rey Tutankamón.²⁴

Cuando Montet entró por primera vez en la cámara funeraria, vio un ataúd macizo de plata en medio de la sala, rodeado de vasijas de bronce y demás objetos, con más artículos apoyados en las paredes. Las decoraciones parietales confirmaban que se trataba de la tumba de Psusenes I. Montet alertó al rey Faruk, que en aquellos momentos gobernaba el Egipto moderno, y esperó a que el rey llegase al yacimiento para abrir el ataúd. Tal como lo cuenta el egiptólogo Bob Brier: «Cuando el 23 de marzo de 1939 se abrió el ataúd ... apareció una máscara de oro que cubría al fallecido faraón». Sin embargo, no era Psusenes. Los jeroglíficos indicaban que la momia que había en el ataúd era un rey previamente desconocido, Sheshonq IIa. Aquello era sumamente extraño, porque, según su nombre, este rey pertenecía a la dinastía que siguió a la de Psusenes y había reinado quizá un siglo después, durante la dinastía XXII. Además, Sheshonq no estaba solo en la antecámara, puesto que también se encontraron allí las momias de los dos últimos reyes de la dinastía XXI, Siamón y Psusenes II; el ataúd de Sheshonq había sido colocado entre ambos.²⁵

Brier señala que, si Sheshonq IIa ocupaba la tumba de Psusenes I, entonces ¿dónde estaba Psusenes? ¿Se trataba de otro caso

de momia real trasladada o escondida en la Antigüedad? Resultó que la momia no se había ido muy lejos y Montet no tardó demasiado en determinar este hecho, porque al año siguiente, a mediados de enero de 1940, mientras continuaba despejando los distintos ajuares de lo que en realidad era la antecámara de la tumba, se percató de que había dos puertas ocultas, apenas visibles en el muro oeste. Como él mismo escribiría después:

Empezamos con la abertura del norte. Sacamos fácilmente los pequeños bloques, pero luego nos detuvo un gran bloque de granito que ocupaba el espacio exacto del pasillo y durante algún tiempo pensamos que no sería posible su extracción. Tras proyectar la luz de una lámpara eléctrica por una rendija muy estrecha, vimos que en el interior había dos objetos de metal, uno brillante, el otro verde de óxido, y una piedra enorme.²⁶

Cuando por fin pudo sacar la piedra que bloqueaba la entrada enrollándola seis veces con un cable y sacándola de su posición con ayuda de un cabrestante, Montet continuó por el pasillo y se encontró en una sala estrecha. Era una de las dos cámaras funerarias de la tumba, con un enorme sarcófago de granito rosa rodeado de vasijas de oro y plata, además de los vasos canopos (que contenían las vísceras conservadas de la momia) y otros artículos. Hacía ya casi un año que Montet había descubierto la tumba, pero ¿había encontrado al faraón que llevaba tanto tiempo muerto? Tal como el propio Montet lo describió: «Las inscripciones que lo enmarcaban a derecha e izquierda y las que había incisas en el lado este nos revelaron que, esta vez, sí estábamos ante Psusenes».²⁷

Sin embargo, era evidente que en un principio el sarcófago había sido confeccionado para, y utilizado por, el faraón Merneptah, el primer faraón que luchó contra los Pueblos del Mar y que mencionó «Israel», ya en 1207 a. C. Todos los cartuchos habían sido borrados y sustituidos por los de Psusenes, aunque quedaban suficientes rastros para que las lecturas originales no ofreciesen dudas. La momia de Merneptah había sido trasladada a la

tumba de Amenhotep II poco antes, de modo que este sarcófago (el más interior de los tres) estaba ahora disponible para ser reutilizado. Al parecer, había sido trasladado de su ubicación original en el Valle de los Reyes a esta tumba de Tanis.²⁸

A finales de febrero, Montet levantó la pesada tapa del sarcófago rosa. En su interior, como escribiría después, había «un segundo sarcófago de granito negro en forma de momia». Por su estilo, este había pertenecido antaño a un noble de la dinastía XIX. Sin más dilación, Montet abrió este segundo sarcófago. Dentro había un tercer ataúd, este de plata maciza. Al abrir la tapa, ya no había más ataúdes, solamente una máscara de oro y un cartonaje de momia bañado en oro que cubrían el cuerpo del rey. Todas las vendas y la carne se habían descompuesto hasta dejar un esqueleto desnudo, pero ataviado con joyas de oro. Los jeroglíficos confirmaron que por fin había dado con Psusenes I, quien a partir de aquel momento recibió el apodo de «el Faraón de Plata». Montet necesitó diez días más para extraer con sumo cuidado la máscara de oro y después los huesos de Psusenes; las momias y los artefactos de la tumba fueron finalmente trasladados al Museo de El Cairo en un camión del ejército.²⁹

Entretanto, detrás de la otra puerta escondida había otra cámara funeraria. En un principio se había preparado para la esposa de Psusenes I, Mutnedjmet, pero su cuerpo se había sacado de allí en algún momento y se había sustituido por el del inmediato sucesor de Psusenes, Amenemope. No queda claro el porqué de este cambio, ni por qué Siamón, Psusenes II y Seshonq IIa estaban todos en la antecámara de la tumba de Psusenes I en vez de permanecer en sus propias tumbas. Siamón y Psusenes II puede que fueran enterrados en esta tumba desde el primer momento, pero el egiptólogo Aidan Dodson ha señalado que los restos de plantas hallados en la momia de Sheshonq «parecen haber crecido en los huesos mientras el ataúd descansaba en aguas estancadas», cosa que indicaría que la tumba original de Sheshonq quedó inundada y tuvo que ser sepultado de nuevo aquí en la antecámara de Psusenes.³⁰

Montet había encontrado una tumba de faraón intacta, con material tan espectacular como el hallado en la cámara de Tutankamón, pero en aquellos momentos los medios de comunicación estaban más interesados en la guerra en la que estaba sumido el mundo que en un faraón que llevaba mucho tiempo muerto. En consecuencia, este asombroso descubrimiento no ha recibido el interés ni el reconocimiento merecidos, aunque los tesoros se expusieron en su propia sala especial en el Museo de El Cairo y ahora se han vuelto a exhibir en salas que contenían los tesoros de Tutankamón.³¹

Montet encontró también centenares de *ushebtis* en la tumba de Psusenes, como ya se ha mencionado. Ahora están diseminados en distintos museos y colecciones privadas, según Shirly Ben-Dor Evian, que ocupaba el cargo de conservadora de la arqueología egipcia en el Museo de Israel en Jerusalén.³² El museo tiene cuatro de ellos en su colección: tres fueron hallados en su tumba; el otro probablemente procede de una tumba saqueada de algún otro lugar cercano. Todos son de cobre. Uno lleva inscrito el nombre de «Psusenes»; otro lleva el nombre de su esposa Mutnedjmet; y dos más muestran el nombre del general Wendjebaendjed, que fue enterrado en una cámara subsidiaria de la tumba de Psusenes.

Ben-Dor Evian y sus colegas sometieron los cuatro *ushebtis* a un análisis de isótopos, una técnica que puede ayudar a determinar el origen del cobre utilizado para su confección. Sorprendentemente, el cobre de cada uno de ellos procede de la región de Arabá de las tierras altas del Néguev, en la frontera entre la moderna Jordania y el Sinaí. Aquí es donde están situadas las minas de cobre, en el valle de Timna (en el Sinaí), a veces denominadas «Minas del Rey Salomón», y en el Uadí Faynan (en Jordania). Sin duda, Egipto, que durante la Edad del Bronce había importado gran cantidad de cobre desde Chipre, ahora lo estaba

recibiendo de esta región. Este es un indicio que sugiere que el comercio internacional entre Egipto y el Levante meridional se había restaurado tras el parón provocado por el colapso.³³

ISRAELITAS Y FILISTEOS

En este primer capítulo trato de cubrir dos zonas, de modo que, al girar en este punto hacia el Levante meridional para introducir detalles más completos antes de volver a Egipto y a lo que se convertirá en una historia cada vez más entremezclada, podemos aprender unos cuantos detalles sobre la situación de aquel lugar en esta época gracias al papiro llamado *Onomasticon de Amenemope*, hallado en 1890 dentro de una vasija en el yacimiento de el-Hibah en Egipto. Hoy en día se conocen nueve copias diferentes. Un fragmento de este manuscrito, que enumera pueblos y lugares, menciona tres de los grupos que componían los Pueblos del Mar —los sherden (shardana), los cheker y los peleset (filisteos)— junto con tres ciudades: Ascalón, Asdod y Gaza.

De acuerdo con el papiro, restos de los tres grupos se habían asentado en estas ciudades o habían sido instalados allí por los egipcios victoriosos, como aseguraba Ramsés III. Cabe destacar aquí no solo la presencia de los cheker y los peleset, sino también que las ciudades mencionadas son tres de las cinco que pertenecían a la llamada Pentápolis filistea: Asdod, Ascalón y Gaza estaban situadas en una franja del litoral al sur de Canaán junto o cerca de las ciudades modernas que llevan estos nombres, mientras que Ecrón (Tel Mique) y Gat (Tell es-Safi) estaban más al interior. Los testimonios arqueológicos descubiertos en cuatro de estas cinco ciudades (Gaza todavía no se ha excavado) indican que todas ellas eran ciudades cananeas en la Edad del Bronce, pero luego empezaron a mostrar adornos materiales de cultura filistea aproximadamente en esta época, es decir, desde finales del siglo XII y comienzos del XI a. C.³⁴

Menos de una década después, en 1899, el yacimiento de Tell es-Safi fue identificado como el Gat filisteo, y empezaron las excavaciones conjuntas del arqueólogo estadounidense Frederick Bliss y el irlandés Robert Alexander Stewart (R. A. S.) Macalister. En 1914, Macalister había publicado uno de los primeros libros en inglés dedicado enteramente a los filisteos, titulado *The Philistines, Their History and Civilization*. Las nuevas excavaciones en el yacimiento empezaron bajo la dirección de Aren Maeir de la Universidad de Bar Ilan en 1996 y han proporcionado mucha información; haré referencia a algunos de estos datos más adelante.³⁵

Como bien dice Carl Ehrlich de la Universidad de York, al principio parecía que los filisteos iban a ser «los legítimos herederos del antiguo imperio egipcio en Canaán». Sin embargo, no sería así. Al contrario, los israelitas se apoderaron de gran parte de lo que había sido Canaán y, tras su pugna con los filisteos desde tiempos del rey israelita Saúl, así como con David y después con su hijo Salomón, finalmente «el estatus de heredero de Egipto» en la región «pasó ... a Israel».³⁶ En este período los israelitas eran los únicos en practicar el monoteísmo. Hay quienes los consideran unos recién llegados a la escena, otros creen que durante algún tiempo estuvieron merodeando por el entorno, porque la fecha y los medios por los que llegaron a establecerse en la tierra de Canaán es un tema complejo y polémico.

Numerosos eruditos se han pronunciado acerca de esta cuestión, incluyendo la hipótesis que tiene en cuenta la historia bíblica del éxodo y una conquista militar de Canaán por parte de los israelitas, que desembocó bien en un genocidio, bien en una integración más pacífica tal como se describe de distintas maneras en los Libros de Josué y de los Jueces de la Biblia hebrea. Se han sugerido también otras posibilidades que imaginan a los israelitas como un pueblo nómada o seminómada que se infiltró pacíficamente en la zona, o como campesinos de las tierras altas que se rebelaron contra los gobernantes cananeos, o incluso que una parte de la población cananea local evolucionó gradualmente hasta convertirse en «israelitas». Estas teorías se conocen con diversos

nombres: el modelo «Conquista», el modelo «Infiltración pacífica», el modelo «Campesinos rebeldes» y el modelo «Israelitas invisibles».³⁷ Los debates más recientes giran en torno a consideraciones más antropológicas de la etnicidad de los israelitas, especialmente en comparación con otros pueblos que también surgieron en la región durante este mismo período aproximadamente.³⁸ Entre ellos se incluyen los filisteos, que se adueñaron de la región costera del Levante meridional.

Independientemente de la teoría que cada estudioso suscriba, sabemos con toda certeza que una inscripción en un monumento a la victoria del faraón Merneptah, hallado por sir William Matthew Flinders Petrie en 1896, asegura que los egipcios derrotaron a un pueblo llamado «Israel», que vivía en la tierra de Canaán en torno al año 1207 a. C. Sabemos también que, aparte de los acontecimientos anteriores y de la forma en que entraron en escena, los primeros asentamientos israelitas se establecieron a finales del siglo XII aproximadamente y enseguida aumentó su número durante los primeros años del siglo XI a. C. Esto ha sido corroborado gracias a numerosos estudios arqueológicos llevados a cabo en la región desde por lo menos la década de 1960.³⁹

Teniendo en cuenta estos hechos, e independientemente de si estuvieron languideciendo en el Sinaí durante varias décadas o de si ya estaban presentes en aquella tierra, pero eran «invisibles», o si se infiltraron en el territorio lentamente a lo largo de los siglos, puede que los israelitas simplemente aprovecharan los estragos que se produjeron en Canaán durante el colapso. El vacío político y militar creado por la retirada de los egipcios y la destrucción de las distintas ciudades cananeas debió de facilitar a los israelitas el traslado a zonas que en situación normal no habrían podido ocupar por sus propios medios. Por consiguiente, pudieron apoderarse de todo o gran parte de Canaán a finales del siglo XII a. C.⁴⁰

Pese a ser especulativo, este escenario proporciona de forma verosímil el «cómo» que falta en la mayoría de las demás hipótesis. Para aquellos que creen en la milagrosa intervención divina,

no hace falta seguir investigando, pero para el resto, el modo en que los israelitas pudieron atacar y capturar con éxito las imponentes ciudades cananeas sigue siendo una pregunta viable. En circunstancias normales, es muy poco probable que lo lograsen, por lo menos por sí solos. No obstante, tras la invasión de la costa cananea por los Pueblos del Mar como parte integrante de otras calamidades (sequía, hambruna, revueltas internas, etc.) que pusieron de rodillas a la cultura cananea, y tras la retirada de los egipcios de esta región, es posible que los israelitas pudieran ocupar las ruinas de grandes ciudades y apoderarse de algunas de las poblaciones menores por sí solos, completando así la conquista de Canaán. Es posible que los posteriores autores bíblicos dieran todo el crédito de la captura y destrucción de las ciudades cananeas a los israelitas sin mencionar jamás el papel de los Pueblos del Mar, puesto que ellos solo conocían a estos últimos como los filisteos bíblicos que tantos problemas causaron a Saúl y a David a lo largo de sus reinados.⁴¹

Los recientes estudios sobre cambio climático realizados por Dafna Langgut de la Universidad de Tel Aviv y sus colegas indican una posible relación entre los primeros israelitas y filisteos y un cese temporal de la severa sequía. A partir tal vez del año 1150 a. C., y sin duda no más tarde de *c.* 1100 a. C., parece haber habido un aumento de la humedad en el Levante sur, creando unas condiciones climáticas ligeramente más húmedas, que a su vez permitieron «el cultivo intensivo de olivos y cereales».⁴²

Las condiciones más favorables debieron de durar en esta región hasta *c.* 950 a. C., que corresponde aproximadamente al mismo período de la aparición inicial de los israelitas. Como aseguran Langgut y sus colegas:

La mejora de las condiciones en las tierras altas durante la Edad del Hierro I permitió la recuperación de la actividad de los asentamien-

tos, que es el telón de fondo para el auge del antiguo Israel ... Condiciones similares en otras zonas montañosas del Levante pudieron facilitar el desarrollo de sistemas de asentamiento equivalentes que alumbraron el nacimiento de otras naciones bíblicas: los arameos en Siria y los amonitas y moabitas en Transjordania».⁴³

En la actualidad, esta idea está respaldada por un nuevo estudio, que indica que esta zona en particular fue una de las únicas regiones en las que creció la población, en vez de disminuir, a comienzos de la Edad del Hierro, es decir, en el período inmediatamente posterior al derrumbe. Si esto es así, el aumento de población pudo ser resultado del establecimiento de nuevos reinos en el Levante meridional, entre ellos Israel y Judá, además de Moab, Amón y Edom, aunque prosiguen las controversias académicas acerca de si aquellas zonas estaban ya habitadas, muy posiblemente por nómadas, como se ha sugerido, que sobrevivieron al colapso o si eran todos recién llegados a la región a la que habían migrado durante el período posterior al derrumbe.⁴⁴

REY DAVID

Nuestra fuente primaria sobre lo que sucedió después es la Biblia hebrea, donde, si tomamos la historia al pie de la letra, se nos dice que los filisteos crearon problemas a los recién surgidos israelitas y a su flamante rey Saúl, y más tarde a sus hijos en el siglo xi. La situación llegó al extremo de que Saúl y su progenie tuvieron que luchar contra los filisteos en el valle de Jezreel, no muy lejos de Megido (el Armagedón bíblico). Allí, en torno a 1016 a. C., en las laderas del monte Gilboa, según el relato bíblico, Saúl y tres de sus hijos murieron en combate y sus cuerpos fueron colgados de las murallas de Beit Shean (1 Samuel 28-31; 2 Samuel 1; Crónicas 10).

Poco después, uno de los hijos supervivientes de Saúl, Ishbaal (o Ishboshet), se apoderó de la mitad norte del joven reino de

Israel mientras David se declaraba rey de Judá, la mitad sur del reino (2 Samuel 2, 1-4, 8). Finalmente, este último conquistó también la parte norte y estableció lo que hoy llamamos la Monarquía Unida en torno al año 1000 a. C.⁴⁵

Desgraciadamente, no tenemos pruebas arqueológicas ni fuentes epigráficas que corroboren estas historias narradas en la Biblia hebrea; por lo tanto, no hay manera de confirmar de forma independiente su exactitud, pero, aunque muy discutidas, parecen verosímiles, sobre todo dados los demás acontecimientos que se produjeron en la zona durante este período. Por otro lado, hasta hace poco no teníamos ningún testimonio fuera de la Biblia que atestigüase la existencia real de David, por muy extraño que pueda parecer. Todo esto cambió en 1992.

Durante aquel verano, Gila Cook estaba trabajando como arquitecta de la expedición arqueológica en el yacimiento de Tel Dan (antigua Laish), situado al norte del mar de Galilea en el actual Israel. La excavación estaba dirigida por Avraham Biran, un respetado arqueólogo y profesor del campus del Colegio de la Unión Hebrea de Jerusalén. Hasta aquel momento, había estado excavando en Tel Dan más de veinticinco años, desde 1966. El yacimiento se encuentra en medio de una hermosa reserva natural que incluye las gélidas aguas del nacimiento del río Jordán y un gran restaurante que sirve pescado para los turistas y los lugareños.

Aquel día, la tarea de Cook consistía en documentar y dibujar con exactitud las piedras de un muro que acababan de desenterrar. Sin embargo, su proyecto se desvió cuando la luz rasante del sol empezó a crear sombras sobre una piedra en particular, revelando la presencia de una inscripción tallada en la superficie, que nadie había visto antes. Estaba escrita en arameo, utilizando el alfabeto fenicio. Una vez traducido, el texto causó sensación, porque contenía las palabras *Beit David*: la «Casa de David». Era la primera vez que se encontraba una inscripción que mencionaba al bíblico rey David; de hecho, era el primer testimonio de la existencia del rey David hallado fuera de la Biblia.⁴⁶



Fig. 2. Inscripción de Tel Dan con las palabras *Beit David* resaltadas.
Fotografía cortesía de Oren Rozen vía Wikimedia Commons.

Resultó que la piedra provenía muy probablemente de un monumento más grande que tal vez se había erigido en torno al año 841 a. C., casi un siglo y medio después del gobierno de David (c. 1000-970 a. C.). Al año siguiente, la expedición encontró fragmentos adicionales pertenecientes al mismo monumento, aunque todavía faltan muchas piezas. Pese a que sigue siendo tema de debate y análisis por parte de los académicos, parece que la inscripción conmemoraba la conquista de Tel Dan por un rey arameo llamado Hazael, cuya residencia estaba ubicada justo al norte de Aram-Damasco y que reinó c. 842-796 a. C. Volveremos a tropezarnos con él más adelante.

La inscripción fragmentaria, en su estado actual, reza:

... mi padre se levantó [contra él cuando] luchó en [...]. Y mi padre se rindió, se fue con sus [ancestros]. Y el rey de I[s]rael entró en la tierra de mi padre antes. [Y] Hadad me hizo rey. Y Hadad marchó delante de mí, [y] yo partí de los siete [...] de mi reino/reyes, y maté a poderoso[s] ... rey[es], que habían enjaezado mil[es] ... de carr[os] y miles

[de] caballos. [Yo maté a Jo[ram] ... hijo de A[jab], rey de Israel, y [yo] maté a [Ocoz]ías hijo de [Joram, re]y de la Casa de David. Y yo dejé [sus ciudades en ruinas y convertí] su tierra en [desolación...].⁴⁷

El descubrimiento de esta inscripción puso fin a una furibunda disputa que había enardecido los círculos académicos, en la que algunos estudiosos dudaban de la existencia de los gobernantes del siglo x a. C. David y Salomón, por falta de testimonios extrabíblicos (es decir, al margen de la Biblia) de estos monarcas hasta el momento. Así pues, el descubrimiento de esta inscripción, con la mención de la Casa de David y la inherente implicación de que había existido un David histórico (que había fundado la dinastía), fue extremadamente importante. La referencia a David y a la dinastía que fundó indica también la alta probabilidad de que Salomón existiera, puesto que es hijo de David.⁴⁸

Como nota al margen, debería mencionar que una posible, aunque muy discutida, segunda referencia a la Casa de David la podemos encontrar en la que se conoce como la Estela de Mesha. La inscripción, que es más famosa por su mención de «Omri, rey de Israel», fue vista e identificada por primera vez por un misionero anglicano llamado F. A. Klein en 1868 en el yacimiento de Diban, en la actual Jordania. Pese a que falta un tercio de dicho texto, sigue siendo la inscripción monumental más larga jamás encontrada en Tierra Santa y una de las primeras inscripciones extrabíblicas descubiertas que nombra a una persona o lugar conocidos básicamente por la Biblia hebrea: por ejemplo, Omri, rey de Israel, además de, posiblemente, la Casa de David.⁴⁹

EDOM Y LOS EDOMITAS

Según el relato bíblico, cuando David se estableció como rey, el vecino reino de Edom se encontraba entre los territorios que había conquistado. Estaba situado al sur y al este del territorio ori-

ginal de David, en la zona general del Uadi Faynan, en la moderna Jordania.

Las historias bíblicas de la conquista de Edom por parte de David podrían aportar un soporte adicional para el vínculo entre Timna y Egipto, que ya he mencionado con anterioridad, porque en el relato bíblico se nos dice que durante el combate el príncipe heredero edomita Hadad, que en aquel entonces era un niño, fue sacado del país y llevado a Egipto para salvaguardarlo (1 Reyes 11, 14-22). De mayor, se casó con la hermana de la reina egipcia y tuvo un hijo, Genubat, antes de regresar a Edom tras la muerte del rey David y rebelarse después contra el rey Salomón.⁵⁰

Aunque tampoco hay ninguna corroboración independiente que confirme esta historia, el egiptólogo Kenneth Kitchen sugiere que quizá fuera Psusenes I quien diera refugio a Hadad en Egipto, así como «casa, asignación alimenticia y tierra» (1 Reyes 11, 18). Psusenes, cuyo largo gobierno se prolongó hasta *c.* 991 a. C., y al que ya hemos conocido antes, habría coincidido con David por lo menos una década, si no más. Sin embargo, también es posible que este episodio hubiera tenido lugar durante el reinado del hijo de Psusenes I, Amenemope, que gobernó unos diez años tras la muerte de su padre y extendió el gobierno de la dinastía XXI por todo Egipto, Alto y Bajo, desde su residencia en Tanis.⁵¹

El reino de Edom fue estudiado a fondo y en detalle por primera vez por el peculiar arqueólogo norteamericano Nelson Glueck en sus exploraciones en Jordania durante la década de 1930. Glueck, rabino ordenado y después presidente del Colegio de la Unión Hebrea de Cincinnati, sigue siendo uno de los pocos arqueólogos que apareció en la portada de la revista *Time*, en 1963. (James Henry Breasted, fundador y director del Instituto Oriental de la Universidad de Chicago, había salido ya en 1931.) Muy influido por la Biblia hebrea, Glueck relacionó las minas de cobre del Uadi Faynan en el valle Arabá con las actividades del rey Salomón, calificándolo de primer «magnate del cobre» del mundo, aunque hoy en día se considera improbable esta designación.